LA NOCHE DE CAJAMARCA

POR

JOSE LUIS SAMPEDRO

En lo alto se cierne un ave gigantesca; en el sombrío abismo espumajea el torrente. Una fila de hombres trepa por la senda llevando los caballos del diestro. Cuando descansan les acuchilla el frío; cuando caminan les falta el aire, que se enrarece progresivamente con la altitud. «En Castilla, en Tierra de Campos, no hace mayor frío que en esta sierra, la cual es rasa de monte, toda llena de una hierba como esparto corto. Algunos árboles hay adrados, y las aguas son tan frías que no se pueden beber sin calentarse.» ¡Castilla! ¡Cuántas veces anhelarían ellos verse «en parte donde todo el horizonte se terminase con el cielo y la tierra tendida, como en España en mil pedazos se ve»! Pero, como arrastrados por sí mismos, continúan adentrándose en lo desconocido. De súbito, tal peña pierde su equilibrio milenario y rueda retumbando hasta el torrente: los hombres se sobrecogen como si hubieran sentido una mano de espíritu empujándola. De noche, en vano alzan la vista a las estrellas. En Flandes o en Italia seguían siendo las de la propia aldea, con sus nombres y figuras; aquí son otras, frías, enemigas.

Mas, los españoles, «tanto trabajo y peligro lo toman alegremente». Dios no habrá querido que descansen de servirle. «Comenzaron

las conquistas de Indias acabada la de los moros—escribe el cronista—, porque siempre guerreasen españoles contra infieles.» Los indios tienen rostro de piedra y como de alma incomunicable, pero «son como nosotros, fuera de la color; que, de otra manera, bestias y monstruos serían y no vernían, como vienen, de Adán». Con esa fe se abrazan los españoles a su destino: «Descubrir, subjetar, poblar y convertir.»

Esos que avanzan, sesenta y dos de a caballo y ciento y dos de a pie, ha cincuenta y dos jornadas que se partieron de la ciudad de San Miguel, la primera fundada en estos reinos. Cada día tocan mejor la magnitud de la empresa: se han aposentado en tambos *bien abastados, han cruzado pueblos de numerosa gente, han visto organización y ejércitos. Una impalpable amenaza, un no sé qué de miedo primitivo les va envolviendo; y al descubrir en las pétreas fauces de los ídolos cuajarones de sangre humana vuelven la vista hacia la cordillera, donde está el que reina sobre este mundo y de donde llegan efluvios inquietantes.*

Por eso mismo, en los montes acabarán entrándose. Todavía vacilaron una última vez: a un lado continuaba la vía de los Incas, sombreada de árboles y acompañada de corrientes aguas. Al otro comenzaba la enriscada senda. Pero como les dijo su capitán: «Al fin y al cabo, todos los hombres morimos, con la diferencia de que unos dejan fama y otros son olvidados.»

«El pueblo, que es el principal del valle, está asentado en la halda de una sierra. Tiene una legua de tierra llana, surcada de dos ríos con sus puentes. La plaza es mayor que ninguna de España, toda cercada con dos puertas que salen a las calles del pueblo. Las casas della son de más de doscientos pasos en largo, de piedra de cantería muy bien labrada, y dentro de los patios sus pilas de agua traída por caños, de otra parte, para el servicio destas casas. Por la delantera de la plaza, a la parte del campo, está encorporada en la cerca una fortaleza de piedra con una escalera de cantería. En la ladera de la sierra, donde comienzan las casas del pueblo, hay otra fortaleza mayor, con subida como de caracol. Y a la entrada del poblado está una torrecilla dedicada al sol... Es viernes, hora de vísperas, que se contaron quince días de noviembre del año del Señor de 1532.»

Para hacer la entrada en Cajamarca, el jefe divide a su gente en tres huestes. En el cielo pesan tormentosas nubes, pero la luz, en-

trando por un desgarrón lejano, perfila el vasto campamento de Atahualpa, emplazado a una legua en otro recuesto de la sierra. Los indios huyeron del pueblo, y las puertas abiertas, los enseres desordenados y el vacío de las casas impresionan desagradablemente. No encuentran a nadie; tan sólo los jinetes que van en descubierta alcanzan a una vieja rezagada: ella se les vuelve gesticulando maldiciones.

El capitán manda una embajada al Inca: Hernando de Soto con veinte jinetes. Sube a la torre para verlos partir, y siente tal angustia al divisarlos empequeñecidos bajo la amenaza de la cordillera, que envía en su alcance a su propio hermano con otros veinte hombres. A medida que se van alejando la tarde se extingue, amortajada entre grises flecos de lluvia.

Una abigarrada manta, de lana de oveja cerval, *tapa la entrada del reducido aposento. Contra los adobes del muro descansa una espada; en un ángulo se amontonan cobrizas mazorcas. Por la ventanita penetran frías ráfagas y el monótono tamborileo de la lluvia. El capitán descansa, recostando sus viejos huesos contra una silla de montar.*

Resuenan hierros y pasos. Se alza la cortina y entra Hernando de Soto con otros hombres de armas, a informar a su jefe de lo que ha visto.

El relato fluye cargado de inquietudes que se agarran, viscosas, sobre el ánimo de los oyentes. El campamento se extiende en un largo de una legua, con infititud de tiendas y de guerreros impasibles. El pabellón del Inca está en un claro, guardado por cuatrocientos indios y atendido por copia de servidores, cuyas túnicas de primorosa lana ostentan adornos de oro labrado a martillo. El esforzado Soto, para esconder el desánimo, galopó hacia el Inca y encorvetó su corcel «junto a la silla de Atabaliba, que no hizo mudanza ninguna, aunque le resolló en la cara el caballo; y mandó matar a muchos de los que huyeron de la carrera y vecindad de éste». Mañana se llegará el Inca a Cajamarca acompañado de sus indios. Armados, como armados se le han acercado los españoles. Estaba en un trono de oro, petrificado su rostro de ídolo. Y, bajo el llautu *(la borla carmesí de la realeza), sus ojos centelleaban desde sombrías profundidades.*

Cuando Hernando de Soto concluye su desalentada relación el silencio se espesa. El capitán percibe el desmoronamiento de los

ánimos y clava los ojos en el narrador, quien baja los suyos, porque ha visto al Inca. El decisivo instante requiere un gesto sobrehumano para reconquistar la fe. ¿Cuál será ese gesto?, se pregunta el jefe. La indecisión se prolonga, se eterniza, va a durar lo bastante para perderlo todo... ¡Dios, al menos moverse!... Coge su espada maquinalmente y, por vieja costumbre, comprueba antes de ceñírsela si la hoja corre bien: la desnuda un palmo y la vuelve a envainar.

Quizá sea solamente el choque metálico de la cazoleta contra la boca de la vaina lo que, como un eslabón, ha desprendido chispas y encendido los ánimos, ya hechos a la voluntaria fatalidad que siempre sigue a ese gesto. O quizá la luz crepuscular ha dejado ver un momento sobre la hoja el signo famoso del espadero Sebastián Hernández, y alguien evoca entonces una visión de Toledo, y la crea y la infunde a los demás con su vigor de piedra y de alma... Como quiera que sea, el aire histórico del pequeño recinto ha cambiado. El jefe se hiergue, mira a sus hombres y sale a dar órdenes. Ellos le siguen decididos: todo está ganado.

¿Todo?

Cesó la lluvia y cuajó la noche, la gran concavidad oscura cuya tiniebla se infiltra en el corazón del hombre que está en la torrecilla, velando su destino ante Atahualpa. El irreal silencio de las grandes horas aplasta los ruidos que estaban preparados. Como desde otro planeta, así cree ver las cosas el anciano.

El lugar, sitiado por el mundo berroqueño de la cordillera, habitado por dioses «invisibles y como escuridad y ayre»; el instante, filo de una balanza decisiva; su propio viejo cuerpo, «grosero, robusto, animoso, negligente de su salud y vida», y ahora más cerca de flaquear que nunca. Y, sobre todo, su pasado: tejido de frustrados e insistentes aldabonazos a la puerta del Destino, para no morir olvidado.

A esa puerta reacia golpeó primero en Italia, todavía mozo, entre aquellos que condujo a las victorias Gonzalo de Córdoba. De esos tiempos quedan en los cansados huesos muchas nostalgias y una afición a llevar sombrero blanco lo mismo que el Gran Capitán, pero sólo eso, sin ninguna grave hazaña que se dejara coger, sin que el nombre quedara ya escrito. Después pasó a las Indias, estuvo en Santo Domingo y, al fin, fué a Urabá con Alonso de Ojeda. Allí pensó que la puerta cedería, pues él iba como segundo entre todos, y

el verde mundo era lo bastante ancho para dar sitio pronto a dos primeros; pero ser segundo no le valió otra cosa sino resistir fiebres, diluvios y asechanzas sin brillo, ejercitar la tensión y organizar por la selva una penosa retirada en la que muchas veces transportó sobre sus espaldas a un enfermo. Más tarde se unió a Balboa (aquel hombre que «no sabía estar parado»), y fué su teniente para la expedición a la Mar del Sur, en la que se sintió cerca de algo tan importante como que sus ojos fueran también los primeros en ver nacer para Europa a un Océano. Ahora, en esta evocadora noche de Cajamarca, ésta es la visión más presente: la de Balboa reservándose para sí solo el gran momento, mandando a la tropa esperarle y escalando el monte desde cuya cima el indio cuarecueño aseguró que se vería ya la mar. Sí, los inolvidables y orgullosos destellos de la coraza de Balboa entre la maleza, cada vez más arriba; su pequeñez y su grandeza allá en la altura; su silueta inmóvil en la cumbre, mirando hacia el sur; y la envidia en el desconocido teniente. Años después, aquella isla del Gallo, aquella playa donde la línea trazada por una espada separó a los que querían fama de los que la temían... Y la cerrada puerta siempre inflexible, y la vida escapándose entre los días.

Ahora ¿no es viejo ya? ¿A qué insistir todavía?

Pero si algo le es imposible, es ceder. No importa que le abrume el irreal silencio en torno, ni que la inmensa tiniebla le niegue toda salida y hasta le presagie un final oscuro, de mero episodio en la gran hazaña común de las Indias, como fueron lo de Urabá o la tenientía de Balboa. Es que en todo su cuerpo no hay ni una sola fibra que sepa lo que es flaquear y desmoronarse. Ni ahora siquiera, ni en esta su noche de los Olivos en que, como el cronista escribió soberbiamente de Pedro de Alvarado, «el alma le duele» al anciano que vela en Cajamarca.

Porque «los españoles—también se escribió entonces—tenían miedo de morir, aunque ánimo para morir». Si esta noche vence este hombre sobre su humanidad, mañana vencerá sobre Atahualpa. Y alguien ha de salvar de la piedra el nuevo mundo, derribando tinieblas y arrancando a un imperio de la prehistoria. Hay que dar a esos pueblos «que son como nosotros» la voz de levantarse y de andar: sacarlos de la muerte, ponerlos en camino de cumplirse. Eso es lo que hay que hacer, esa es la hazaña.

Al cabo, como si unas puertas inmensas se hubieran abierto, la noche deja de tener fastasmas, el aire petrificado se llena de ruidos de vida y el cielo palpita en sus estrellas. Abajo de la torre pequeñas hogueras alumbran a hombres que duermen o que se afanan sobre sus armas, arrancándoles un alegre tintineo de acero. A lo lejos, mientras tanto, han palidecido las hogueras del real de Atahualpa y la sierra dibuja un contorno nítido, claro, lavado ya de todo misterio. Y el viejo cuerpo, asombrado, se siente ahora con raíces en este paisaje, bajo el cual quedará soterrada para siempre, vivificadora, su dolorida noche. Su victoria.

A la mañana, el Nuevo Mundo se mirará asombrado. Oirá cantar los ríos, verá nacer la letra y comenzar la historia. Quizá sin saberlo exactamente, el anciano siente flamear en lo alto las banderas de las naciones futuras. Llena su sangre de abrumadora música, apoya la cabeza entre las manos y da gracias sin palabras.

Un ser resplandeciente le contempla desde las estrellas. Es Francisco Pizarro, el héroe que el anciano ha dado a nombre.